

para reconstruir el original. Le felicitamos por el resultado de este esfuerzo.

Son interesantes las opiniones y datos que aporta Sicardo acerca de los hechos que presenta: crítica de otros autores; rectificación de textos que cita; apreciaciones en parte acertadas y en parte erróneas. Para Jaramillo Sicardo más que cronista, es historiador que investiga los temas que narra. En este punto diferimos: buena parte de los cronistas americanos, también de los religiosos, realizaron su labor después de una paciente recogida de datos y documentos. No sólo aludo a Bernardino de Sahagún o a Motolinía, me refiero también a los cronistas provinciales, como es el caso del agustino Calancha.

Destaco algunos de los temas que Sicardo incluye: los datos de las primeras juntas celebradas por Zumárraga en México, las noticias de Filipinas, el origen y desarrollo de la Universidad de México y el colegio de San Pablo, la personalidad y actuación de Alonso de la Veracruz, la cofradía del Nombre de Jesús. Destaca la ausencia de los Concilios provinciales mexicanos. Es valiosa la transcripción final de dos documentos de la Orden y el resumen de trece documentos pontificios, cinco de los superiores agustinos y el extracto de gracias, indulgencias y reliquias otorgadas por Roma a la Orden en México.

En apéndice se recoge la relación de los agustinos pasados a México en el siglo XVI, anotados en los libros de la casa de la Contratación, fecha y nao de la embarcación y anotaciones oportunas; seguido de los datos de los agustinos que viajaron a Filipinas. Dos índices —de personas y de lugares— facilitan el uso de la Crónica. La bibliografía aparece al principio.

E. Luque Alcaide

Carlos JUÁREZ NIETO, *El clero en Morelia durante el siglo XVII*, Instituto Michoacano de Cultura, Morelia 1988, 212 pp.

El autor al planear su trabajo se propuso hacer un estudio analítico del clero michoacano como institución social, diseñar su estructura, señalar su importancia en la ciudad de Valladolid de Michoacán durante el siglo XVII. Para ello aprovechó la existencia de amplia documentación en los archivos michoacanos y de la bibliografía más operante acerca de ese tema. Con esas bases construyó un esquema en el cual sobresalen tres amplios capítulos, el primero dedicado a mostrar la presencia y acción del clero en Nueva España durante el siglo XVII; el segundo consagrado a historiar la situación general: política, económica y social de la provincia de Valladolid en la misma centuria; y el tercero en el que estudia la acción del clero, tanto regular como secular en la misma provincia.

El autor, como lo revela en el primer capítulo, no está muy versado en historia eclesiástica, lo que se advierte en ciertas confusiones y generalidades que aparecen en este capítulo inicial. Su interés se centra en mostrar la actividad económica del clero, más que en estudiar su obra social y cultural. El segundo capítulo más afortunado nos ofrece un panorama restringido, dado que no aporta una visión integral del vasto y diferenciado obispado de Valladolid, de sus contrastes económicos, sociales y culturales, de su integración social, administrativa y religiosa. Buen enfoque tiene el apartado consagrado al estudio de la peculiar situación de la ciudad. El acceso a los archivos eclesiásticos le permite delinear un buen cuadro del cabildo eclesiástico y del civil, aunque no analiza su diversa extracción ni constitución que fue siempre conflictiva.

El capítulo tercero está dedicado a analizar la existencia y acción de las órdenes reli-

Reseñas

gias y del clero secular. En él la atención preferente va a la organización económica de los distintos grupos, más que a la labor social, cultural y educativa de los mismos. La labor apostólica de las distintas órdenes, -su función evangelizadora en las distintas regiones no está lo suficientemente trabajada. La obra de penetración en la sierra, en la tierra caliente, en los grandes valles no está lo suficientemente estudiada, como tampoco lo está la acción educativa para los propios miembros de las distintas órdenes, como por parte de la Compañía de Jesús, para los ciudadanos. Poco se dice de la función organizadora del episcopado, sobre todo de personajes tan señeros como el obispo Ramírez del Prado, de su política que obedecía tanto a un acatamiento fiel a las normas tridentinas como a la implantación de un regalismo secularizante, caro a las decisiones de la Corte, que tendía a disminuir la fuerza económica y social de los regulares.

El clero secular como apoyo a esa política y la enorme influencia que adquiere en las centurias posteriores, sobre todo en los grupos ilustrados, es un tema que se esboza y que merece un estudio más profundo.

Este trabajo marca un inicio a estudios serios en torno a los obispados novohispanos que tuvieron tanta vitalidad, y en la que los aspectos socio-económicos adquirieron tanta importancia en la formación de las mentalidades de amplios sectores de la sociedad que evolucionaba vertiginosamente, dada la amplia movilidad social que se daba en esas centurias. Es este un buen aporte, aunque debería ser completado por trabajos que tomasen en cuenta todos los aspectos en que la acción de la Iglesia tuvo un papel relevante y en los que al autor demuestra estar menos impuesto. Por todo ello, y para evitar una visión de la Iglesia un tanto unilateral, sería recomendable una colaboración interdisciplinar a la hora de valorar la

acción eclesiástica en las distintas diócesis mexicanas.

E. de la Torre Villar

Luis Carlos MANTILLA RUIZ, *Don Bartolomé Lobo Guerrero. Inquisidor y tercer arzobispo de Santafé de Bogotá (1599-1609)*, Academia Colombiana de Historia («Biblioteca de Historia Nacional», vol. CXLVII), Santafé de Bogotá 1996, 320 pp.

El franciscano Luis Carlos Mantilla Ruiz, miembro numerario de la Academia Colombiana de la Historia, brillante investigador de la Iglesia novogranadina y especialista en la labor de los menores en el Nuevo Reino, acomete en esta obra el estudio del tercer arzobispo de Santafé, una de las personalidades destacadas del episcopologio colombiano en la época colonial.

Bartolomé Lobo Guerrero, secular, nacido en Ronda (Málaga) el año 1546, fue alumno del Colegio-Universidad de Osuna, bachiller en Salamanca y doctor en Teología y Cánones por el Colegio-Universidad de Santa María de Jesús, de Sevilla, del que sería también catedrático y rector. Pasó a México en 1580 como fiscal del Tribunal de la Inquisición, que presidiría como Inquisidor en 1593. Docto e imbuido de los ideales reformistas, formó parte del equipo de clérigos que gozaron de la confianza de Felipe II, quien lo promovió a la archidiócesis neogranadina en 1597, de la que pasaría en 1608 a Lima.

La obra de Mantilla reúne un importante acopio de setenta y dos documentos inéditos, en su mayoría cartas de Lobo Guerrero a la Corona, y algunos decretos del arzobispo neogranadino. Además, en un apéndice documental se incluyen las actas de la erección del Seminario de Santafé, las Constituciones sinodales de 1606, los memoriales presentados